

## **Situaciones excepcionales: Alicia, el espejo y el Partido Único** **Reflexiones sociológicas en torno al COVID-19**

***Exceptional situations: Alicia, the mirror and the Single Party***  
***Sociological reflections about COVID-19***

**Miguel A. V. Ferreira**

**Universidad Complutense de Madrid**

**[mavferre@ucm.es](mailto:mavferre@ucm.es)**

### **Resumen:**

Vivimos actualmente en una situación que nos aparta de lo ordinario una situación que sucede rara vez, esto es, una situación «excepcional». La biología, en una de sus expresiones más simples, se ha erigido en factor decisivo en el terreno político, en el económico y en el de la convivencia cotidiana. Todas las frágiles seguridades que nos amparaban se han quebrado: la «sociedad del riesgo» ha surgido de un modo sorprendente e imprevisto. Todo nuestro imaginario se ha quebrado y un conjunto de significantes nuevos ha pasado a ser parte ordinaria de nuestra existencia: confinamiento, distancia social, desescalada, pandemia, rebrotes... La novedad ha generado tal incertidumbre que los responsables de la toma de decisiones se han visto impotentes para responder adecuadamente. Quizá estábamos demasiado mecanizados y éramos poco aptos para afrontar lo radicalmente nuevo, para fabricar herramientas nuevas frente a la novedad. Aprendamos de *Alicia a través del espejo* y de Winston Smith en *1984*, paradigmas de resolución de lo novedoso, cada uno a su manera.

**Palabras clave:** excepcional, novedad, crisis social, respuesta colectiva, creatividad.

### **Abstract:**

Currently, the situation we live is far from everyday one, a situation that rarely occurs, that is, an «exceptional situation». Biology, in one of its most simple expressions, has become a decisive factor in political and economic areas and in our daily coexistence. All the fragile securities that protected us have broken. The «risk society» has merged in a surprising and unforeseen way. All our imagery has crashed and a set of new significantants has become an ordinary part of our life: confinement, social distance, de-escalation, pandemic, outbreaks... Novelty has created so uncertainty that responsables of decision making has not been able to response in an adequate way Perhaps we were so mechanized that we are not able to face a radical novelty, not able to produce new devices. Let us learn from *Alice trough the mirror* and from Winston Smith in *1984*, paradigms of novety resolution, anyone in their particular way.

**Keywords:** exceptional, novelty, social crisis, collective response, creativity.

## Lo ormal y lo excepcional o a-normal

*Excepcional:*

2. *adj. Que se aparta de lo ordinario, o que ocurre rara vez.*

Real Academia Española de la Lengua (RAE)

<https://dle.rae.es/excepcional>

¿Nos hallamos actualmente en una situación “excepcional”? Atendiendo a la RAE, ¿nuestra cotidianidad se ha visto trastocada? ¿la situación actual rara vez se ha dado en el pasado? Vivimos, de hecho, una situación que no conocíamos y que ha alterado nuestras pautas de comportamiento diarias; una situación, además, que afecta al conjunto del planeta. Un virus ha logrado algo que ni los grandes poderes políticos, ni los económicos han podido conseguir: someter, subordinar, al conjunto de la población del planeta.

Abunda ahora el uso de los conceptos “normalidad” y “nueva normalidad”, el primero aludiendo al pasado que quedó atrás en medio de la excepcionalidad, y el segundo a un deseado futuro, en este momento, por llegar. Esto constata, efectivamente, que vivimos una situación excepcional, ajena a la normalidad, la pasada o la por venir<sup>1</sup>.

Lo normal nos remite a una frecuencia estadística, aludiendo al caso más frecuente entre un conjunto de casos posibles, a lo más común entre una diversidad de posibilidades. Pero, a su vez, adquiere un valor normativo: lo normal es lo adecuado, lo correcto, lo que conviene ser o hacer, lo que no se aparta de las convenciones comúnmente asumidas y, por lo tanto, de modo implícito, nos empuja a la “normalización” (Foucault; 1992, 2000)<sup>2</sup>, esto es, a hacer de lo normal-más frecuente lo normal-absoluto, o, dicho de otro modo, a erradicar la diversidad, a hacer que desaparezcan los casos menos frecuentes, a la homogeneización.

Las relaciones de poder necesitan producir y transmitir efectos de verdad que, a su vez, las reproducen; a partir de un cierto momento, el poder político va a obtener su legitimidad de la producción discursiva de disciplinas científicas que pondrán su conocimiento al servicio del mismo; los discursos del saber serán, simultáneamente, herramientas del poder. A eficacia se deriva de la imposición científica de normas políticas, de sujeción de los cuerpos, de la “normalización” de la existencia en virtud de dictámenes científicos.

<sup>1</sup> El término “normal” pasó a la lengua popular y se naturalizó en ella a partir de los vocabularios específicos de la institución pedagógica y de la sanitaria, cuyas reformas coinciden con la revolución Francesa. “Normal” es el término mediante el cual el siglo XIX va a designar el prototipo escolar y el estado de salud orgánica (canguilhem 1970: 185).

<sup>2</sup> Nos referimos al análisis de las tecnologías utilizadas por el poder que realiza Michel Foucault (disciplinas del cuerpo o anátomo-política y regulaciones de la población o bio-política): en el surgimiento de una sociedad de la normalización radican nuestras nociones y prácticas en torno a los colectivos sociales considerados como “diferentes”, y asimismo nuestras calificaciones de lo extraordinario

cos. Las normas, como se ha dicho, se proponen para unificar la diversidad, para absorber la diferencia, generando así un orden determinado que, por definición, excluye la posibilidad de cualquier orden alternativo.

El poder estatal, para gobernar una sociedad en fase de explosión demográfica e industrialización tuvo que, en primer lugar, reconocer lo particular mediante una primera adaptación de los mecanismos de poder (disciplina, vigilancia, adiestramiento), que surge entre el siglo XVII y XVIII, al principio en instituciones como la escuela, el hospital, el cuartel o la fábrica. Nuevos poderes laterales a la Justicia cristalizarían en instituciones de vigilancia —como la policía— y de corrección —psicológicas, psiquiátricas, criminológicas, médicas, y pedagógicas— dando paso así a la edad de la ortopedia social, con un tipo de poder —disciplinario— que se opone al de sociedades anteriores —penal— (Foucault 2000).

Hacia finales del siglo XVIII tuvo lugar una segunda adaptación, y a las técnicas de poder centradas en el cuerpo individual que constituyen la tecnología disciplinaria se sumarían otro tipo de técnicas de una calidad distinta, esta vez dirigida hacia los fenómenos globales de población o procesos biológicos de las masas humanas, cuya implantación implicará la creación de complejos órganos de coordinación y centralización. El poder, mediante la estatalización de lo biológico, comienza a hacerse cargo del ser humano en tanto que ser viviente. Este tipo de tecnología no es disciplinaria, pero no excluye lo disciplinario, sino que lo modifica y se instala en ello (es, precisamente, a partir de esta mecánica que se nos insta a vivir la actual excepcionalidad).

Así, la disciplina procura regir la multiplicidad de los seres humanos en tanto que está formada por cuerpos individuales a los que se puede vigilar, adiestrar y castigar. La nueva tecnología, que se puede nombrar con el término de bio-política, se dirige a la multiplicidad de los seres humanos en la medida en que constituye una masa global, recubierta por procesos específicos de la vida (nacimiento, muerte, reproducción, enfermedad). Objetos de saber y objetivos de control de la bio-política serán, por tanto, los problemas de natalidad, mortalidad y longevidad, poniéndose en marcha las primeras medidas estadísticas para observar los procedimientos adoptados por la población en relación a dichos fenómenos (Foucault 1992). Evidentemente, una pandemia se inscribe en esa dimensión "global" que trata de abarcar la bio-política; la construcción estadística de la realidad actual, mediante el cómputo sistemático de número de contagios y fallecidos, su evolución en forma de curva, es evidente, lo mismo que el despliegue de mecanismos de regulación y control de la situación, con el saber-poder de la medicina a la cabeza.

La norma es el elemento que circula de lo disciplinario a lo regulador, que se aplica tanto al cuerpo que se quiere disciplinar como a la población que se quiere regularizar. así, es posible hablar de una "sociedad de la normalización", sociedad en la que se entrecruzan la norma de la disciplina y la de la regulación. Esto es lo que se va a movilizar frente a la excepcionalidad, siendo, quizá, que el mecanismo normalizador sea incapaz de hacerle frente.

Dando un paso más, podemos delimitar el sentido de lo normativo inscrito en esas tecnologías de saber-poder: ¿a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de normalización, normalidad y norma? Según expone Canguilhem (1970: 91), lo normal es un concepto dinámico y polémico. La normalidad puede entenderse, según se anticipaba, de dos maneras. Por un lado, lo normal es aquello que es tal como debe ser; por otro lado, lo normal es aquello que se encuentra en la mayoría de los casos. Estamos,

pues, ante un término equívoco, pues al mismo tiempo designa un hecho y un valor que el que habla atribuye a ese hecho, en virtud de un juicio. En medicina también se confunde, pues el estado normal designa al mismo tiempo el estado habitual de los órganos y su estado ideal. Reiterándolo, la frecuencia estadística comporta una dimensión normativa.

Bachelard (1984) advirtió que todo valor tiene que ser ganado contra un antivalor, de tal modo que no cabe asumir sentidos absolutos o substancialistas, sino que se ha de adoptar un punto de vista relativo y relacional: en tanto que juicio de valor, lo normal sólo cobra sentido y cabe ser entendido por contraposición a lo no normal, a lo a-normal.

Siguiendo a Canguilhem (1970: 187-193), una norma, una regla, es aquello que se usa para hacer justicia, enderezar. Hacer justicia a partir de una norma, normalizar, es imponer una exigencia a una existencia. La causa de este uso del concepto de norma tiene que ver, precisamente, con la relación normal-anormal, que es de inversión y polaridad. La norma, al desvalorizar todo lo que la referencia a ella prohíbe considerar como normal, crea la posibilidad de inversión de los términos. Una norma se propone como modo de unificación de una diversidad, de reabsorción de una diferencia: toda existencia que no se ajuste a la exigencia de la norma queda excluida, en tanto que el ajuste a la misma supone la integración en la uniformidad que la norma prescribe.

La normalización siempre remite a un "otro" excluido, a la desviación peligrosa de las exigencias uniformadoras). Además, en la experiencia antropológica, una norma no puede ser original: es la infracción lo que le da la oportunidad de ser regla, la oportunidad de corregir. En el orden de lo normativo, esto es, de la exigencia impuesta a partir de la norma, el comienzo es la infracción. Lo anormal como a-normal (inversión y polaridad respecto a lo normal) es posterior a la definición de lo normal. Sin embargo, la anterioridad histórica de lo anormal futuro es lo que suscita una intención normativa. Lo anormal, lógicamente secundario, es existencialmente primitivo. Así que, en última instancia, toda norma surge como prevención ante un acto incierto que, potencialmente, atenta o puede atentar contra la estabilidad de lo vigente: el orden instituido normaliza las probabilidades de futuro; la normalización implica un ejercicio de poder que tiene por objetivo garantizar su perpetuación.

Entre 1759, fecha de aparición de la palabra "normal" y 1834, fecha de aparición de la palabra "normalidad", una *clase normativa* conquistó el poder de identificar la función de las normas sociales con el uso que ella misma había hecho de aquéllas cuyo contenido determinaba. La clase burguesa, así, instauró la universalidad de un orden normativo que, en realidad, era el que ella había desarrollado porque garantizaba mejor que otro cualquiera el mantenimiento de un orden puesto a su servicio. Y se trató de una imposición de carácter general, pues la intención normativa de una sociedad en una época es indivisible: la normalización es un principio general del ejercicio del poder, no se reserva espacios o esferas privilegiadas, se aplica como principio general y conlleva la pretensión de universalidad (así, por ejemplo, las normas técnicas se relacionan con las jurídicas).

Lo normal, lo normativamente impuesto, es ser propietario de determinados atributos demandados por las necesidades culturalmente asociadas a nuestros patrones de vida (ser laboralmente productivos, ser relativamente competentes intelectualmente —sólo relativamente—, ser competentes en el uso del reciente aparato tecnológico que rodea nuestras rutinas diarias, etc.). La tarea previa, por tanto, es la

de determinar los criterios normativos específicos que determinan cuáles son los atributos normales y cuáles los a-normales; para lo cual sería pertinente un estudio histórico detallado de la evolución y variaciones de esas determinaciones. Habría que afrontar la tarea, práctica y teórica, de trasladar esa revisión crítica a las instancias cuyos discursos y prácticas han asumido la tarea, por delegación, de tomar medidas (puesto que las medidas miden aquello sobre lo que actúan según los patrones normativos implícitos en nuestros presupuestos, en virtud de los cuales consideramos algo como un estado normal y normativamente impuesto, como criterio clasificatorio y de carácter universal.

### La *des-normalización* o la emergencia de lo absurdo

Por esa dimensión normativa adscrita a la condición normal, la oposición entre lo normal y lo no normal, lo distinto, se transmuta, según se ha señalado, en una oposición entre lo normal y lo a-normal o patológico (Canguilhem, 1970), una oposición de carácter ético, entre lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, algo que nos remite al “deber ser”. No es normal, y es malo y negativo, que una pandemia, un virus, se haya extendido por todo el planeta, haciendo vanas las tan arduamente construidas fronteras territoriales —suprimiendo cualquier clase de control tradicional que evite su transgresión—, superando cualquier posible contención política frente a la invasión. Nos las hemos de haber con un agente absolutamente *anti-normativo* y que escapa a nuestras escalas de medición. Es invisible. Pero *actúa*.

Además, lo cual es de lo más sorprendente, ese virus (algo patológico y anormal en nuestra existencia, el elemento excepcional) maneja la economía mundial; un ser microscópico ha logrado alterar el discurrir habitual de las grandes bolsas y socavar las economías nacionales. Un fenómeno de naturaleza biológica ha mutado a otro de carácter económico<sup>3</sup>. Una gran enseñanza: la economía no es un espacio autónomo de nuestra existencia, está atravesado de toda serie de factores extraeconómicos. Esto ya se sabía, por mucho que los defensores de la autonomía económica se hayan empeñado desde Adam Smith en negarlo. La economía comporta cuestiones éticas, políticas y psicológicas (Montoro, 1975); las diversas escuelas económicas han tratado de eludir la cuestión convirtiendo, de manera más bien arbitraria, dichos factores en indicadores cuantitativos, introduciéndolos en sus ecuaciones y modelos de predicción<sup>4</sup>.

Ahora bien, lo que nadie había previsto es que entre esos factores extraeconómicos hubiera que incluir virus y bacterias, microorganismos biológicos de carácter patógeno para el ser humano.

---

<sup>3</sup> Todas las medidas emprendidas frente a la excepcionalidad del Coronavirus COVID-19 deben tomar en consideración todo cuanto afecta a la salud pública como aquello que puede socavar el funcionamiento económico: para lo primero, confinamiento de las poblaciones; para lo segundo, apertura de fronteras en beneficio de los ingresos del turismo, lo opuesto al confinamiento. Vidas humanas frente a beneficios económicos (antinomía recurrente en la evolución de las sociedades occidentales que, reiteradamente, ha tendido a decantarse por los beneficios a costa de las vidas...)

<sup>4</sup> Unos modelos predictivos altamente cuestionables, siendo el ejemplo más reciente la crisis financiera de 2007: nadie fue capaz de predecir lo que iba a suceder, precisamente, porque todo un conjunto de factores extraeconómicos estaban condicionando el funcionamiento de la economía.

Un atisbo de la importancia de lo biológico en la evolución económica lo encontramos en Polanyi (2007) cuando señala a Darwin como uno de los promotores, que no Adam Smith, de los fundamentos del liberalismo clásico: dada la disparidad entre el crecimiento aritmético de los recursos y el geométrico de las especies, se hace necesario un mecanismo selectivo para la supervivencia de las mismas. Este principio, trasvasado al plano económico, da plena carta de validez a la idea de que, ante la escasez de recursos, su reparto equitativo es imposible, pues su cantidad no puede dar completa satisfacción a todas las necesidades de todos/as; la pobreza es una condición necesaria del crecimiento económico.

Según Polanyi, esa transposición del principio darwinista al ámbito económico la realizó Townsend:

«...En general, únicamente el hambre puede espolear y agujonear (a los pobres) para obligarlos a trabajar; y, pese a ello, nuestras leyes han decretado que nunca deben pasar hambre. Las leyes, hay que reconocerlo han dispuesto también que hay que obligarlos a trabajar. Pero la fuerza de la ley encuentra numerosos obstáculos...» [Townsend cit. en Polanyi, 2007: 192-193]

»... He aquí un nuevo punto de partida para la ciencia política. Al abordar la comunidad de los hombres por el lado animal, Townsend... introdujo un nuevo concepto legal en los asuntos humanos, el de las leyes de la Naturaleza. (...) en la isla de Juan Fernández no hay ni ley ni gobierno, y, sin embargo, existe un equilibrio entre las cabras y los perros; este equilibrio está asegurado por la dificultad que encuentran los perros en devorar a las cabras que se refugian en la parte rocosa de la isla, así como por los inconvenientes que encuentran éstas para desplazarse al abrigo de los perros. (...) este equilibrio no es necesario un gobierno, ya que se mantiene por el hambre que atenaza a unos y la escasez de alimentos que sufren los otros. (...) Desde esta nueva perspectiva, se puede como formada considerar a la sociedad por dos castas: los propietarios y los trabajadores. El número de éstos últimos queda limitado por la cantidad de alimentos y, mientras se mantenga la propiedad, el hambre los obligará a trabajar.» (Polanyi, 2007:192-194)<sup>5</sup>.

Lo cierto es que la influencia sobre la economía es ineludible: el virus ha incrementado los índices de desempleo, ha propiciado el cierre de empresas, ha trastocado las arcas nacionales, ha modificado todas las políticas económicas de los organismos transnacionales, ha alterado los movimientos de inversión en las bolsas. Y, en última instancia, va a ser el factor decisivo de una crisis global que se anuncia bastante más aguda que la de 2007: una crisis vírico-económica.

Ante tal tesitura, los mecanismos disciplinarios, de regulación y control, se han puesto en marcha, siguiendo el principio rector de la normalización para tratar de retrotraer la situación al status quo precedente y eliminar la excepcionalidad. Pero dichos mecanismos de normalización actúan, fundamentalmente, sobre la conducta de las personas

<sup>5</sup> Traducido de la "poesía consuetudinaria de la rúa" (Machado, 1989 [v.e.]): las leyes de la naturaleza regulan la economía y de ello se deduce que el hambre es un factor necesario para lograr la suficiente fuerza de trabajo.

«(Mairena, en su clase de Retórica y Poética.)

—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa.»

El alumno escribe lo que se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: "Lo que pasa en la calle."

Mairena.-No está mal.» (Machado, v.e.:2).

y son impotentes ante la “conducta” del propio virus. Su eficacia regulatoria ha sido excepcional, sometiendo a todas las poblaciones del planeta a nuevas pautas de conducta, amparados en los recuentos estadísticos regulares (construyendo día a día la realidad con cifras), en las directrices dicatadas por la ciencia médica, como todo buen aparato de saber-poder, regulando legislativamente, desarrollando protocolos de actuación, generando medidas sancionadoras, et. Pero el virus, organismo biológico, ajeno a todo este despliegue de medios, continúa rebasando su capacidad de intervención. Y con ello, constatando que los poderes disciplinarios de las sociedades de la normalización son enteramente ineficaces para afrontar esta excepcionalidad.

Más de siglo y medio de desarrollo modernizador y postmodernizador arrojado por la borda por un microorganismo que, sirviendo a sus intereses estrictamente bilógicos, descabalga todas las estructuras sociales, políticas y económicas, quizá anticipando que puede estar llegando la hora de la des-normalización.<sup>6</sup>

Esto abre un escenario absurdo, como el que elabora Alicia en a través del espejo, al onstatar que ese espejo enfrente de sí en el salón de casa esconde un mundo invertido que refleja, al revés, el mundo que ella habita; y decide introducirse en él, para experimentar, así, las extrañas condiciones que le son propias. En un plano hasta cierto punto contrapuesto, la situación de excepcionalidad actual puede hacernos tomar en consideración la experiencia del protagonista de 1984, Winston Smith, quien, en un mundo hipernormalizado ha de cavar pagano las consecuencias de su desacato a las directrices impuestas. Tratemos de extraer alguna enseñanza de ambas experiencias.

### La des-normalización invertida

[[En el cuaderno del Rey rojo<sup>7</sup>]: «Brillaba, brumeando negro, el sol; agi-liscosos giroscaban los limazones banerrando por las váparas lejanas; mimosos se fruncían los borogobios mientras el momio rantas murgi-flaba» (Carroll, 2012:10).

Alicia devana un ovillo de lana en el salón de su casa, junto a dos de sus gatos y al lado de un tablero de ajedrez (dato importante, pues el relato consistirá en el desarrollo de una absurda partida de ajedrez). Observa el espejo que tiene enfrente y piensa que está viendo exactamente el mismo mundo en el que ella está, solo que “al revés”. ¿Será el mundo del espejo, más allá del fragmento que ella puede observar, un mundo enteramente al revés?

Más allá de toda racionalidad posible, logra atravesar el espejo e introducirse en ese mundo. Y comienzan a sucederse los acontecimientos propios de dicho mundo.

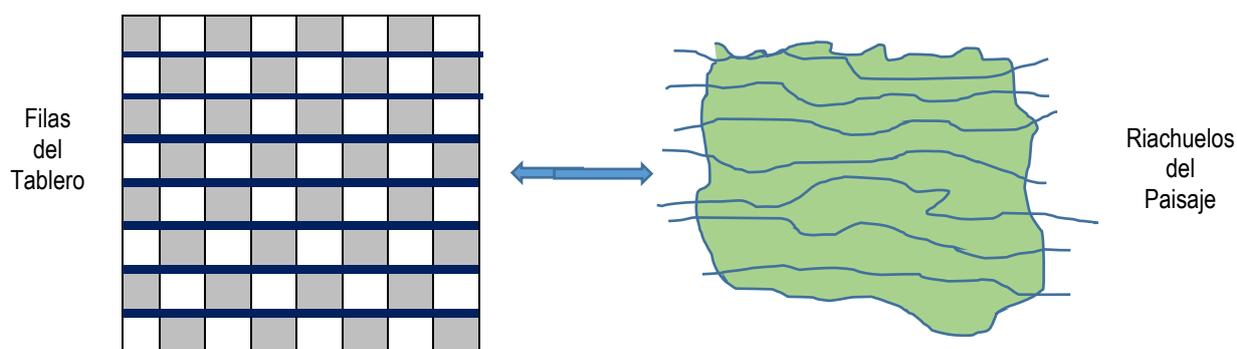
<sup>6</sup> Metodológicamente, esto ilustraría el problema planteado por Henri Atlan (1990) cuando señala que nuestra capacidad de apreciación y, en consecuencia, de actuación viene condicionada por la escala de observación en la que nos situemos: si observamos una planta mientras paseamos por el bosque, apreciaremos su tamaño, su color, su forma (no podemos ver sus raíces); si la observamos con un microscopio, veremos su estructura molecular, pero ya no la forma, ni el tamaño. En la realidad del COVID-19 se entrelazan dos escalas de observación diferentes, una humana y otra no humana que son, en principio, incompatibles, de lo que se deduce que, para nosotros, se trata de dos realidades distintas.

<sup>7</sup> El Rey rojo y la Reina roja son las figuras del ajedrez que estaba junto a Alicia y que han cobrado vida y adquirido un tamaño humano.

[Alicia, tras leer el poema del Rey transcrito antes]: «Es como si me llenara la cabeza de ideas, sólo que no sabría decir cuáles son!» (p. 11).

Se trata, por tanto, de un mundo en principio ininteligible (cual el que nos encontramos con la aparición del COVID-19). No parece uno estar preparado para lo que éste le pueda deparar. Alicia irá comprobando progresivamente cómo las cosas funcionan de un modo que le resulta completamente incomprensible, bajo una lógica distinta a la que ella está acostumbrada. Decide explorar ese mundo más allá del pequeño fragmento del mismo que veía en su salón. Sale de la casa y observa una colina y un sendero que parece conducir a ella. No obstante, cada vez que emprende el camino por el sendero, optando por una u otra bifurcación del mismo cuando se le presentan (optando por la dirección que cree que le conduce a la colina), nunca llega y siempre acaba de vuelta llegando a la puerta de la casa de nuevo. Entonces, una planta parlante le explica que para poder llegar a la colina tiene que andar de espaldas y siempre alejándose de la colina. Con este método logra llegar a ella.

Allí se encuentra con la Reina roja, que le informa de que todo el paisaje que ve desde la colina no es sino un tablero de ajedrez y cada riachuelo que lo atraviesa es la frontera entre las filas de la cuadrícula del tablero: siete arrolluelos, ocho filas.



Alicia se va a lanzar a recorrer ese paisaje siendo un peón del juego que tratará de cruzar todos los riachuelos para llegar a la octava fila y convertirse en Reina. En todo caso, no ve muy claro cómo es el paisaje, pues donde antes veía una colina, ahora lo que se le aparece es un valle.

[Alicia y la Reina roja en el jardín]: «—Una colina no puede ser un valle, ya sabe, por muy pequeña que sea; eso sería un disparate...»

La Reina roja negó con la cabeza: —Puedes considerarlo un disparate, si quieres —dijo—, ipero yo te digo que he oído disparates a cuyo lado éste tendría más sentido que todo un diccionario!» (p. 17).

Resulta, pues, que no es un disparate, allí, la existencia de una colina/ valle; lo que desde nuestra óptica sería una contradicción lógica (algo que sea simultáneamente una cosa y su opuesta), desde esta otra es perfectamente natural. Como es perfectamente natural, ahora, en tiempos de excepcionalidad, que un virus dicte el discurrir de la economía del planeta, en tanto que en lo previos tiempos de normalidad los mecanismos de poder competentes y supravíricos eran los encargados de esa gestión sujetos a una regularidad planificada en la que no cabían erráticos riachuelos sino líneas perfectamente rectas trazadas sobre el tablero de la economía global.

En el tránsito de la primera a la segunda fila del tablero, para cruzar el primer riachuelo, Alicia debe subirse a un tren, en el que coincide con una serie de personajes extraños, entre ellos un mosquito, con el que entabla conversación.

[Alicia y el mosquito tras bajarse del tren]: “—Y sin embargo, ¿quién sabe? —continuó diciendo el mosquito—, así como quien no le da importancia a la cosa—. ¡Imagínate lo conveniente que te sería volver a casa sin nombre! Entonces si, por ejemplo, tu niñera te quisiese llamar para que estudiaras la lección, no podría decir más que «¡Ven aquí...!»», y allí se quedaría cortada, porque no tenía ningún nombre con que llamarte, y entonces, claro está, no tendrías que hacerle ningún ca-so.” (p. 28)

No tener nombre es algo inconcebible bajo los dictámenes de la normalidad. De hecho, según Rafael Sánchez Ferlosio (1981), la imposición de un nombre a un niño es el primer y más crucial acto de dominación sobre la persona, ante la cual se abriría, en caso contrario, un horizonte de libertad que dicho nombre coarta. Nadie elige su propio nombre, es decisión de terceros; ¿qué sucedería si pudiésemos elegir nuestro propio nombre? Que todo un universo de ulteriores decisiones libres se abriría ante nosotros, algo que no es tolerable bajo los preceptos de la normalidad. Pues bien, lo irreductible del COVID-19 también se ha manifestado en su nominación: se trata de una nueva variedad de coronavitus, por lo que, para diferenciarlo de sus “hermanos”, se le aplicó el nombre e COVID-19, *EL* (masculino) virus COVID-19; su aparición provocó una nueva enfermedad para los humanos que ha provocado una pandemia, a raíz de lo cual pasamos a utilizar la nominación *LA* (femenino) enfermedad/ pandemia COVID-19. Nos hallamos ante un fenómeno transgénero. Las estrategias de normalización se tambalean incluso a la hora de dar nombre a la excepcionalidad.

En el recorrido de Alicia surgen dos nuevos personajes, los hermanos Tweedledee y Tweedledum, bajitos y rechonchos, a modo de nomos del bosque, y tan peculiares como todos los demás, absolutamente ilógicos dentro de la peculiar lógica del mundo del espejo.

«—Ya sé lo que estás pensando —dijo Tweedledum—; pero no es como tú crees. ¡De ninguna manera!. Por el contrario! —continuó Tweedledee—. Si hubiese sido así, entonces lo sería; y siéndolo, quizá lo fuera; pero como no fue así tampoco lo es así. ¡Es lógico!» (p. 32).

Anticipan las suposiciones de Alicia como erróneas, pues han comprobado que no se ajustan a la lógica del mundo al que pertenecen: lo que no es, no es, pudiera haber sido, pero no fue, ni lo será; el presente (tiempo de posibilidad para Alicia) queda anulado, simultáneamente, por el pasado y el futuro (tiempos fácticos para ellos). El tiempo mismo instituye la lógica: pasado y futuro definen el presente en el que la posibilidad ya no se da: lo que no es, no es. Queda anulado el discurrir temporal pasado-presente-futuro que nos resulta habitual<sup>8</sup>. Algo análogo sucede en el estado de excepcionalidad actual, con un presente constreñido y atrapado entre pasado y futuro, que ha sido vaciado de entidad propia. Vivimos un presente indefinido (en el sentido de ausente de definición consistente): el confinamiento se constituye como condición de existencia por

<sup>8</sup> La Reina roja vive en una especie de temporalidad “hacia atrás”, constituye un presente que anticipa un futuro cierto a causa de un pasado conocido: de pronto, se venda un dedo sin aparente razón alguna; lo hace porque sabe que se va a pinchar con el cierre de un broche. Como el futuro es tan cerrado y sólido como el pasado, no se le ocurre la absurda idea de no prenderse el broche para evitar la herida; el presente del pinchazo ya está dictado por el futuro anticipado. Esto es algo que, obviamente, no encaja en nuestros esquemas de concepción del tiempo.

un pasado de contagios y un futuro posible de rebrotes. Superado el confinamiento, de hecho, no queda superado; el no confinamiento ulterior no está consolidado ante un futuro posible, si no ya real a escala local que imponga de nuevo el confinamiento. En todo caso, reiteremos, la continuidad pasado-presente-futuro se ha quebrado.

Esta ruptura de la lógica temporal se reitera a lo largo de la narración de las aventuras de Alicia en el mundo del espejo:

[La Reina blanca:] «—La regla es: mermelada mañana y ayer... pero nunca hoy.

— Alguna vez tendrá que tocar «mermelada hoy» —objetó Alicia—.

—No, no puede ser —refutó la Reina—. Ha de ser mermelada un día sí y otro no: y hoy nunca puede ser otro día, ¿no es cierto?» (p. 43).

“Hoy”, el presente, no existe, sólo el pasado-ayer o el futuro-mañana. Desde nuestra lógica, eso significaría que nunca tendríamos mermelada; del mismo modo, en nuestro presente de excepcionalidad, con la clausura del presente vivencial, ya nunca volveremos a disponer de una existencia al uso, según la que nos era propia durante la existencia normalizada a la que estábamos habituados. Nos han arrebatado la mermelada; quizá ayer, quizá mañana, jamás hoy. En todo caso, ese ayer normalizado está extinto y nunca retornará; y tampoco sabemos, desde nuestro presente en suspenso, el futuro por venir, que depende de la evolución de un virus que no atiende a razones (humanas); a diferencia de lo que sucede en el mundo del espejo, no disponemos del asidero de un futuro fáctico, ya conocido, sobre el que edificar el presente. Vivimos “fuera” del tiempo. Una infinidad de planes quedan en suspenso, pues ya no podemos proyectar intenciones calculadas hacia un futuro completamente impredecible. Lo cual nos arroja a la intensidad de una acción guiada por la anticipación inmediata, sobre la “protensión” husserliana que nos propone Bourdieu ( ) como reguladora de nuestra agencialidad:

«...restableciendo el punto de vista del agente que actúa, de la práctica como “temporalización”, [se puede] poner de manifiesto de este modo que la práctica no está *en* el tiempo sino que *hace* el tiempo (el tiempo propiamente humano, por oposición al tiempo biológico o astronómico). (...) “temporalizarse”, *hacer* el tiempo, en una relación con el presente directamente percibido que nada tiene que ver con un proyecto. (...) Para estar en condiciones de restituir en su verdad la experiencia corriente de la pre-ocupación y la inmersión en un porvenir en el que el tiempo pasa inadvertido, también hay que poner en tela de juicio la visión intelectualista de la experiencia temporal que lleva a no reconocer más relación con el futuro que el proyecto consciente (...) Husserl, en efecto, estableció claramente que el *proyecto*, como propósito consciente de futuro en su verdad de futuro contingente no ha de confundirse con la *protensión*, propósito pre-reflexivo de un porvenir que se presenta como cuasipresente dentro de lo visible, como las caras ocultas de un cubo (...) El porvenir inminente está presente, inmediatamente visible, como una propiedad presente de las cosas, (...) como algo que ya está aquí, irremediable (...) el cuerpo engullido por el porvenir del mundo (...) el porvenir... no es un posible que puede suceder o no, sino algo que está ya en la configuración del juego.

» (...) Así pues, la experiencia del tiempo se engendra en la relación entre el habitus y el mundo social, entre unas disposiciones a ser y hacer y las regularidades de un cosmos natural o social (o de un campo).» (Bourdieu, 1999:175-177).

Si es cierto lo que nos dice Bourdieu, tan sólo esa capacidad de anticipación inmediata es lo que nos permite actualmente desenvolvemos; es decir, la situación excepcional que vivimos ha potenciado ésa nuestra temporalidad de agentes sociales, suprimiendo toda posibilidad de construcción de un futuro consciente como proyecto. Vivimos en un mundo sin proyectos

En cambio, Alicia sí tiene un proyecto: recorrer como peón el extraño tablero de ajedrez del mundo del espejo para convertirse en Reina; sólo que la lógica que regula sus intenciones no le sirve demasiado para alcanzar su objetivo, y tendrá que irse adaptando progresivamente a las regularidades propias de ese extraño mundo<sup>9</sup>.

«—Querría comprarle un huevo, por favor —dijo [Alicia] al cabo con timidez—. —¿A cuánto los vende?

—A cinco reales y un ochavo el huevo... y a dos reales la pareja.

—¿Entonces dos cuestan más barato que uno? —preguntó Alicia, asombrada, —sacando su monedero—.

—Es que si compras dos huevos tienes que comerte los dos —explicó la oveja— [la vendedora].» (p. 51).

Paradigmática la sorpresa de Alicia y, como poco, sorprende la respuesta que recibe. En un intercambio de compra-venta ambas partes tratan de optimizar sus recursos en términos del valor cambio de la mercancía; el vendedor pretende cobrar lo máximo posible y el comprador pagar lo mínimo. En el intercambio y su resultado no está presente el valor de uso (es lo que tiene en la cabeza el comprador, antes del intercambio; para el vendedor es completamente indiferente). Pero aquí, la fijación del precio es estipulada por el vendedor atendiendo al valor de uso, pues un huevo se compra para comérselo... en la mayoría de los casos... . Dicho de alguna manera, requiere más esfuerzo comerse dos huevos que sólo uno, atendiendo a lo cual, dos huevos son más baratos que uno<sup>10</sup>, cuestan menos porque su consumo requiera un mayor "sacrificio".

<sup>9</sup> En ello, Alicia adquiere la misma disposición para enfrentarse a una situación sorprendente y jamás esperada que la de Gregor en *La Metamorfosis* (Kafka, 1990): ante lo insólito de la situación, y de manera casi instantánea, Gregor asume la nueva realidad y únicamente trata de recuperar su actividad adaptándose a la situación. Todo sigue igual y la novedad se integra rápidamente como un aspecto cotidiano más (el discurrir del relato consstatará que se trataba de una actitud equivocada...): :

«Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregor Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto. Estaba echado de espaldas sobre un duro caparazón y, al alzar la cabeza, vio su vientre convexo y oscuro, surcado por curvadas callosidades [...]

—¿Qué me ha ocurrido?

No estaba soñando. [...]

¿Qué podía hacer ahora? El tren siguiente salía a las siete; para cogerlo tendría que darse muchísima prisa. [...]

Lo primero que tenía que hacer era levantarse tranquilamente, arreglarse sin que le molestaran y, sobre todo, desayunar. Sólo después de hecho todo esto pensaría en lo demás...» (pp. 133-137)

Alicia se enfrenta a todas las insólitas situaciones con las que se encuentra con la misma naturalidad con la que Gregor asume que ahora es una cucaracha (nunca se explicita que el "monstruoso insecto" sea una cucaracha, pero es evidente que lo es).

<sup>10</sup> Este tipo de conducta que podemos calificar de anti-economicista nos recuerda a la experiencia de Bourdieu con la comunidad precapitalista de los cabiles argelinos (Bourdieu, 2002), según la cual, en determinadas ocasiones, el que presta algo, en lugar de cobrar, paga por ello: «Recuerdo haber pasado horas acosando con preguntas a un campesino cabile que trataba de explicarme una forma tradicional de préstamo de ganado, porque no se me había ocurrido que el prestamista, con toda razón "económica", podía sentirse obligado con el prestatario en nombre de la idea de que éste garantizaba el mantenimiento de un animal que, de todos modos, habría que alimentar.» (Bourdieu, 2002:17).

Con ello, nos podemos plantear la dislocación que ha sufrido nuestra economía cotidiana con la irrupción de la excepcionalidad del coronavirus: mascarillas cuyo precio era 0.50€ pasaron a venderse por 5, 10, 15€; han surgido falsificadores y traficantes de productos de protección; se han dado procesos de acaparamiento de alimentos (o de papel higiénico); etc. Mientras que en el plano macroeconómico se ha iniciado una furiosa carreta, por parte de las grandes industrias farmacéuticas, para la obtención de una vacuna, de manera en absoluto altruista, sino con la intención de lograr un mercado monopólico a nivel planetario. Estas manifestaciones, en sintonía con lo que le sucede a Alicia, ponen en cuestión la racionalidad propia del funcionamiento económico, pero no para revertir sus efectos negativos, sino para potenciarlos.

[Alicia y el Rey blanco]: «—¿alcanzas a ver a alguno de los dos [mensajeros]?

—No..., a nadie —declaró Alicia—

—¡Cómo me gustaría a mí tener tanta vista! —exclamó quejumbroso el Rey—. ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia! ¡Vamos, como que yo, y con esta luz, ya hago bastante viendo a alguien!» (p.65).

Nuevamente, se quiebra nuestra lógica usual, en este caso por la aplicación de una excesiva literalidad en el lenguaje, que, por lo general, tiende a utilizarse de manera bastante más laxa de lo que lo estrictamente lógico permitiría. Alicia, en su respuesta "no... a nadie", presupone que el Rey entenderá "No, no veo a nadie"; pero el monarca, sujeto a esa literalidad lingüística, con la elusión de Alicia, interpreta "no, no veo a los mensajeros, veo a nadie"; y de ahí la envidia del Rey, pues Alicia puede ver lo que nadie puede (nadie puede ver a nadie)<sup>11</sup>.

[Alicia y el caballero blanco, la figura de ajedrez]: «—La canción la llaman "Ojos de bacalao".

—¡Ah! ¿Conque ese es el nombre de la canción, eh? —dijo Alicia, intentando dar la impresión de que estaba interesada—.

—No, no comprendes —corrigió el caballero, con no poca contrariedad—. Así es como la llaman, pero su nombre en realidad es "Un anciano viejo viejo".

—Entonces, ¿debo decir que así es como se llama la canción? —se corrigió a su vez Alicia—

—No, tampoco. ¡Eso ya es otra cosa! La canción se llama "De esto y de aquello", pero es sólo como se llama, ya sabes...

—Bueno, pues entonces cuál es esa canción, —pidió Alicia, que estaba ya completamente desconcertada—.

—A eso iba —respondió el caballero—. En realidad, la canción no es otra que "Posado sobre una cerca.» (p. 83).

"La llaman", "es el nombre de", "se llama" y, finalmente, "es". Para nosotros esas expresiones son sustituibles pues todas indican lo mismo, pero para el Caballero blanco,

<sup>11</sup> Carroll utiliza permanentemente juegos de lenguaje, forzando tanto las construcciones lingüísticas como la lógica con la que los significantes son relacionados entre sí en dichas estructuras. En este caso, por ejemplo, mientras Alicia está utilizando un adverbio, nadie, el Rey, hemos de suponer, está haciendo uso de un nombre propio, Nadie (con mayúsculas), que podría ser el nombre de una persona, de tal modo que un mismo significante alude a significados bien distintos. "Nadie ve a nadie", en nuestro caso, quiere indicar "ninguna persona puede ver algo que sea un nadie, porque no existe ese algo".

con un agudo sentido de la precisión lingüística, al contrario, significan cosas bien distintas en relación con la canción: la gene la llama de una manera, el nombre que se le atribuye es otro, el nombre que ella se da a sí misma (pues al utilizar el reflexivo “se”, y dada la lógica propia del mundo del espejo, hemos de asumir que la canción puede darse un nombre a sí misma) es a su vez distinto, por lo que para llegar a una delimitación compartida, se suprime la cuestión del nombre: la canción “es”. Sólo mediante la substancialización se puede llegar a un acuerdo: el lenguaje, la nominación, por su estricta literalidad, crea muchos equívocos en el mundo del espejo.

Alicia se desenvuelve en este tipo de situaciones asumiendo, sin comprender muy bien lo que sucede, las premisas de sus interlocutores, con la actitud “bueno, si la cosa es así, que sea”. No se detiene a desentrañar lo que hemos de entender que para ella son contradicciones propias del proceder de los habites de ese mundo: puesto que está inmersa en él, acata sus reglas de juego

No es de menor importancia la cuestión del lenguaje. A través de las peripecias de Alicia comprobamos lo intrincado que puede resultar entenderse si se utilizan códigos distintos. Cuando esto sucede, caben dos opciones: que una de las partes ceda y adopte el código de la otra, o bien que ambas partes busquen un acuerdo para compartir un nuevo código común. En nuestro mundo real, esta segunda opción raras veces se da y, generalmente, la parte con mayor poder impone su código al resto. Y Alicia, sabiamente, adopta precisamente esa posición de sumisión. Al igual que nosotros en la situación de excepcionalidad actual. El código actual es el del lenguaje de los poderosos políticos y económicos articulado sobre el fundamento del discurso “experto” de la ciencia médica. Esto no ha variado respecto a la situación previa de normalidad-normalización, lo que ha variado es el contenido de ese código y, como consecuencia, las regulaciones derivadas de él.

Como ya se indicaba previamente, todo un conjunto de nuevos “nombres” (componentes de ese código de dominación/ regulación) se han instalado en nuestro imaginario; nombre que no simplemente denotan objetos o fenómenos, sino que constituyen la base sobre la que se imponen formas de pensar y de actuar. Al igual que Alicia, asumimos esos nombres, ese código y actuamos y pensamos en consecuencia. La ventaja de Alicia es que mantiene un propósito, un objetivo (que, finalmente, logrará); nosotros no tenemos objetivo alguno que perseguir.,

Algunos focos de poder (EE.UU., Brasil) se han declarado en rebeldía frente a ese nuevo código. No ha sido necesario actuar al respecto: el virus se ha encargado de ello, irredento ante cualquier tipo de codificación que se le quiera imponer, actuando en una escala (Atlan) que se escapa a dichas codificaciones, creadas en una escala distinta.

En cualquier caso, los mecanismos de eliminación de la excepcionalidad continúan actuando, tratando de normalizar, regular y disciplinar en un intento vano de alcanzar un status quo análogo al precedente.

Alicia no es nosotros sometida a una situación de excepcionalidad. Alicia es el virus, la excepción, en un mundo ya normalizado (a su manera):

[El unicornio, Alicia y Haigha —uno de los mensajeros del Rey blanco—]:

«—Es de tamaño natural y ¡el doble de espontánea! [dice el unicornio refiriéndose a Alicia]

—¡Siempre creí que se trataba de un monstruo fabuloso! —exclamó el unicornio—. ¿Está viva?

—Al menos puede hablar —declaró solemnemente Haigha—.

El unicornio contempló a Alicia con una mirada soñadora...» (p. 71).

Un unicornio cataloga a Alicia de “monstruo fabuloso” (cual monstruo fabuloso es para nosotros el virus), hablando desde la normalidad propia del mundo del espejo, en el cual Alicia es una excepción. Sin embargo, tiene un tamaño que no es el propio de un monstruo y, sobre todo, habla, lo cual, el hablar, es lo que le permite en última instancia ser aceptada como parte de ese mundo. Hablar es existir, existir del modo correcto. Lo que no sabe el unicornio es que cuando Alicia habla en su mundo no hace más que generar problemas, pues no sabe hablar el lenguaje adecuado. No obstante, su actitud de sumisión la salva. A ojos del unicornio, con un tamaño adecuado y la capacidad del habla, es suficiente. El COVID-19, es evidente, ni tiene un tamaño adecuado ni dispone de la capacidad del habla: bajo ningún concepto puede ser integrado en nuestra presunta normalidad.

Cosa bien distinta a la hora de enfrentarse a una situación excepcional es concebir como tal algo que para los demás es lo normal. Estamos ante la excepcionalidad de lo normal, según el determinado punto de vista que sume quien vive esa situación.

## Lo normal excepcional

«La herencia humana no se continuaba porque uno se hiciera oír sino por el hecho de permanecer cuerdo.» (Orwell, 1980:15)

*Winston Smith*, el protagonista de *1984*, es el ciudadano 6079 de la ciudad de Londres, perteneciente al distrito Fuerza Aérea 1 del super-Estado Oceanía. Veamos cuáles son las circunstancias que caracterizan su existencia.

En su mundo, el poder lo detenta el Partido Único, cuyo líder es el Gran Hermano, una figura simbólica, presente en infinidad de carteles, pero de cuya existencia real nadie tiene constancia. Él pertenece al Partido Exterior, escalafón intermedio entre el Partido Interior y los Proles, lo que para nosotros vendría a ser una clase media entre los que detentan efectivamente el poder y los que se sitúan en los escalafones más bajos del orden social (una clase media-baja, habría que decir).

El poder del Partido Único se asienta en las consignas: “La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza”. Dos contradicciones, para nosotros, y un presupuesto anti-racionalista (el conocimiento no otorga el poder), muy distante de los presupuestos de nuestras sociedades de la normalización reguladas por aparatos de saber-poder. Estamos, pues, ante una normalidad bien distinta, cuyos mecanismos obedecen a otros criterios. La fuerza del poder, como iremos vislumbrando con el transcurrir de la narración y constataremos al final de la misma, no reside en la regulación de las conductas sino en el control de las mentes: lo que no pensemos, no existe.

De tal modo que no es necesaria la existencia de un marco legal que penalice las conductas inadecuadas; pero, aun no habiendo “ley”, las penas se aplican:

«Esto [escribir un diario] no se consideraba ilegal (en realidad, nada era ilegal, ya que no existían leyes), pero si lo detenían podía estar seguro de que lo condenarían a muerte, o por lo menos a veinticinco años de trabajos forzados.» (p. 4)<sup>12</sup>.

El control de la mente, dada la tercera de las consignas del Partido Único, no se logra mediante la aplicación de criterios racionales, sino regulando, condicionando, las emociones. Para ello, cada día había que asistir a los Dos Minutos de Odio:

«A los treinta segundos no hacía falta fingir. Un éxtasis de miedo y venganza (...) parecía... recorrer a todos los presentes como una corriente eléctrica convirtiéndole a uno, incluso contra su voluntad, en un loco gesticulador y vociferante. (...) Y sin embargo, la rabia que se sentía era una emoción abstracta e indirecta que podía aplicarse a uno u otro objeto (...) Así, en un momento determinado, el odio de Winston no se dirigía contra Goldstein [supuesto líder de un movimiento revolucionario], sino contra el propio Gran Hermano, contra el Partido y contra la Policía del Pensamiento; y entonces su corazón estaba de parte del solitario e insultado hereje de la pantalla, único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Pero al instante siguiente, se hallaba identificado por completo con la gente que le rodeaba y le parecía verdad todo lo que decían de Goldstein. Entonces, su odio contra el Gran Hermano se transformaba en adoración...» (p. 8).

Este control emocional se apoya, a su vez, en el mecanismo del "doblepensar", según el cual, frente a una realidad cambiante, los ciudadanos, cuando se modifican las circunstancias y no interesa que se tenga constancia de dicho cambio, han de olvidar que las cosas eran de un modo y ahora son distintas y, al mismo tiempo, olvidar que han olvidado esas circunstancias anteriores:

«Era muy sencillo. Lo único que se necesitaba era una interminable serie de victorias que cada persona debía lograr sobre su propia memoria. A esto le llamaban "control de la realidad". Pero en neolengua había una palabra especial para ello: doblepensar.»

»Su mente se deslizó por el laberíntico mundo del doblepensar. Saber y no saber, hallarse consciente de lo que es realmente verdad mientras se dicen mentiras cuidadosamente elaboradas, sostener simultáneamente dos opiniones sabiendo que son contradictorias y creer sin embargo en ambas, emplear la lógica (...) olvidarla cuanto fuera necesario olvidar y, no obstante, recurrir a ello, volverlo a traer a la memoria en cuanto se necesitara y luego olvidarlo de nuevo; y, sobre todo, aplicar el mismo proceso al procedimiento mismo.

»...inducir conscientemente a la inconsciencia, y luego hacerse inconsciente para no reconocer que se había realizado un acto de autosugestión. Incluso comprender la palabra doblepensar implicaba el uso del doblepensar.» (pp. 18, 19).

»...si los hechos demuestran otra cosa, habrá que cambiar los hechos.» (p. 103).

Precisamente el trabajo de Winston como miembro del partido consiste en "cambiar los hechos": realiza su labor en el llamado *Ministerio de la Verdad*, dedicado a reescribir permanentemente noticias publicadas en el pasado que, en el momento presente, contradicen la situación efectiva, pues ésta ha variado, y, como consecuencia, van en contra de los intereses del Partido o alterando previsiones fallidas para que se ajusten a los resultados efectivos finalmente alcanzados.

---

<sup>12</sup> La paginación que se indica en las citas de 1984 remite a las páginas del PDF de la versión electrónica del libro que se indica al final en la bibliografía.

Hacia el final del relato, la alianza entre los grandes bloques se altera y el enemigo de Oceanía, que era Eurasia, ahora será Asia Oriental (consecuentemente, Eurasia y Oceanía serán a partir de ahora aliados), de modo que se emprende una frenética actividad de re-escritura del pasado en el Ministerio de la Verdad para que la nueva situación no sea tal, sino la que venía siendo desde siempre. Antes de que eso sucediera, Winston nos anticipaba la cuestión:

«Winston sabía muy bien que, hacia sólo cuatro años, Oceanía había estado en guerra contra Asia Oriental y aliada con Eurasia. Pero aquello era sólo un conocimiento furtivo que él tenía porque su memoria «fallaba» mucho, es decir, no estaba lo suficientemente controlada. Oficialmente, nunca se había producido un cambio en las alianzas. Oceanía estaba en guerra con Eurasia; por tanto, Oceanía siempre había luchado contra Eurasia. El enemigo circunstancial representaba siempre el absoluto mal, y de ahí resultaba que era totalmente imposible cualquier acuerdo pasado o futuro con él.» (p. 18).

Junto al control mental, se aplica por parte del Partido Único la tercera de las consignas, la ignorancia es el poder, que ha de ser traducida como "sobre la base de la ignorancia de la gente común puede ser ejercido el poder por parte de quienes lo detentan":

«En cierto modo la visión del mundo inventada por el Partido se imponía con excelente éxito a la gente incapaz de comprenderla. Hacía aceptar las violaciones más flagrantes de la realidad porque nadie comprendía del todo la enormidad de lo que se les exigía ni se interesaba lo suficiente por los acontecimientos públicos para darse cuenta de lo que ocurría. Por falta de comprensión, todos eran políticamente sanos y fieles.» (pp. 75).

«A la larga, una sociedad jerárquica sólo sería posible basándose en la pobreza y en la ignorancia.» (p.92).

Nos encontramos frente a un mundo férreamente sometido a las directrices de un poder implacable, que articula su dominación mediante el control de la mente y de las emociones, la supresión del conocimiento y la pobreza generalizada. Lo que bajo nuestra óptica parece inconcebible se vuelve factible mediante lo que podríamos denominar un "mecanismo contextual": para que toda esta arquitectura se sostenga, es necesario generar un estado de guerra permanente; los tres grandes bloques o super-Estados en que se divide el planeta, Oceanía, Eurasia y Asia Oriental, están en guerra permanente en alianzas cambiantes dos a uno. La guerra cumple el doble objetivo de facilitar el sometimiento mediante el control mental y emocional y garantizar un estado de pobreza permanente para las poblaciones.

«...se propone la guerra el dominio del trabajo (...) Todos esos territorios [África Ecuatorial, los países del Oriente Medio, la India Meridional o el Archipiélago Indonésio] (...), sobre todo, proporcionan una inagotable reserva de mano de obra muy barata. La potencia que controle [esos territorios] (...), dispone también de centenares de millones de trabajadores mal pagados y muy resistentes. Los habitantes de esas regiones, reducidos más o menos abiertamente a la condición de esclavos, pasan continuamente de un conquistador a otro...» (p. 90).

Como bien sabe Winston, la guerra no tiene por propósito la victoria, sino perpetuarse indefinidamente para garantizar las condiciones más propicias para el ejercicio del poder (la victoria definitiva, de hecho, sería una catástrofe). Se constata porque las fronteras entre bloques apenas sufren alteraciones, excepto esas zonas intermedias en las que recaban mano de obra barata, único objetivo "real" de la contienda. Vivir en estado de guerra es vivir constantemente frente a un "Otro" que debe y puede ser odiado; y es la existencia de ese otro, y no su condición específica y concreta (por eso los cambios de alianzas no alteran la situación), lo que el poder necesita.

Naturalmente, el funcionamiento de esa sociedad debe estar sustentado en alguna ideología, en algún conjunto sistemáticamente organizado e ideas que ofrezca a las poblaciones una cierta visión del mundo. Pero hemos de decir que se trata de algo más bien testimonial (tal vez una reminiscencia de otros tiempos en los que realmente era necesaria esa visión del mundo, dotada de la suficiente solidez y consistencia), algo, hasta cierto punto, heredado y que, por costumbre, se ha decidido mantener<sup>13</sup>, dado que, siendo diferentes las ideologías en cada uno de los bloques, en última instancia vienen a coincidir en lo esencial:

«En Oceanía prevalece la ideología llamada Ingsoc [socialismo inglés], en Eurasia el neobolchevismo y en Asia Oriental lo que se conoce por un nombre chino que suele traducirse por «adoración de la muerte», pero que quizá quedaría mejor expresado como «desaparición del yo». Al ciudadano de Oceanía no se le permite saber nada de las otras dos ideologías, pero se le enseña a condenarlas como bárbaros insultos contra la moralidad y el sentido común. La verdad es que apenas pueden distinguirse las tres ideologías, y los sistemas sociales que ellas soportan son los mismos.» (p. 95).

Pero, en definitiva, ¿cuál es la razón por la que se ha constituido un modelo de sociedad de este tipo? Uno de los personajes, miembro del Partido Interior y a la postre verdugo de Winston, nos lo aclara sin tapujos:

[O'Brien:] «...el Partido quiere tener el poder por amor al poder mis-mo. No nos interesa el bienestar de los demás; sólo nos interesa el poder. No la riqueza ni el lujo, ni la longevidad ni la felicidad; sólo el poder, el poder puro. Ahora comprenderás lo que significa el poder puro. Somos diferentes de todas las oligarquías del pasado porque sabemos lo que estamos haciendo. Todos los demás, incluso los que se parecían a nosotros, eran cobardes o hipócritas.» (p. 127).

“El poder por amor al poder”, sin misterio ni justificaciones... no hay secreto alguno, la sumisión colectiva sólo obedece a eso. Naturalmente, tal declaración jamás figurará en ningún mensaje público.

Estas son las circunstancias que acogen la existencia de Winston, que configuran un mundo hiper-normalizado en el cual debe desenvolverse. Sin embargo, Winston conserva recuerdos que el doblepenar no ha erradicado, sabe que previamente existió un mundo distinto, sabe que su labor en el Ministerio de la Verdad consiste en distorsionar la realidad, y sabe, también, que no debería saber eso. Sabe, y sabe que sabe; y sabiendo que sabe, sabe que corre peligro al no acatar, en su interior, la disciplina mental impuesta. Con su conducta, trata de eludir ese peligro, eludir la acción de la Policía del Pensamiento (muchos hijos delatan a sus padres por traidores, aún sin haber hecho nada en contra de las normas tácitas, por sospechar que piensan lo que no deberían pensar; cualquier mínimo indicio es suficiente para la delación, cuyo curso es inexorable).

En su camino se va a cruzar Julia. Se enamorarán, algo prohibido (los únicos sentimientos tolerados son el odio al enemigo del Partido y el amor al Gran Hermano; se proscriben la familia como espacio sentimental: su única función es la de la procreación). Y emprenderán una breve relación condenada al fracaso. Serán apresados, torturados

---

<sup>13</sup> Es obvio que 1984 es una crítica de las ideologías socialista y comunista. Pero, en lo que nos atañe, eso resulta irrelevante (amén de que una lectura actual podría situar otras ideologías, bien distintas, como focos de la crítica). Lo que nos interesa es desentrañar, en ese mundo distópico (Urraco, Baelo; 2017) que la obra nos ofrece, algunas claves que puedan resultar útiles para encarar la situación de excepcionalidad actual.

y doblegados: acabarán traicionándose mutuamente y acatando un amor incondicional, sincero, al Gran Hermano. Sólo en ese momento, cuando su conversión interior se ha completado, serán ejecutados.

Retomemos aquí, una vez ilustrado el escenario, el tema que nos ocupa. Si Alicia transita de una normalidad a una excepcionalidad, que hemos de catalogar como una normalidad alternativa a la que ella está acostumbrada para los personajes que habitan el mundo del espejo, Winston, a su vez, vive en una normalidad que sabe, a diferencia de la gran mayoría, diferente a la que vivió tiempos atrás. Alicia acata esa nueva normalidad, se adapta; Winston acata sólo "exteriormente" la normalidad que se le impone, lo que significa no acatarla en realidad, pues el control del Partido pretende ejercerse sobre las mentes, no sobre las conductas.

En ambos casos nos encontramos con una distorsión de la temporalidad vivida: en el mundo del espejo no hay presente, éste es la resultante de la confluencia entre pasado y futuro; a la inversa, en el mundo de Winston, no hay pasado ni futuro, sino un presente reproducido indefinidamente, un presente inalterable que no es tal pero que así se muestra a la ciudadanía a través de los mecanismos de poder, fundamentalmente, del doblepensar.

¿hasta qué punto no se ha instalado un mecanismo análogo en nuestra actual excepcionalidad? ¿alguien recuerda con cierta fidelidad cómo era nuestra existencia hace apenas unos meses? El/ la COVID-19, ¿se ha instalado definitivamente en nuestra existencia, como si siempre ésta hubiera sido tal cual lo es ahora? Pareciera que sí.<sup>14</sup>

¿no es el/ la COVID-19 ese "otro", ese enemigo con el que estaremos en permanente estado de guerra, una guerra que perpetuará el ejercicio del poder por parte de quienes obtengan un beneficio de la misma? "El poder por el amor al poder", a costa de vidas humanas si ello es necesario (circula ya el rumor de que muchas grandes fortunas vinculadas a la inversión en la industria energética, que ha iniciado un lento, pero progresivo, declive con la actual transición ecológica, están desplazando sus activos hacia las empresas farmacéuticas).

Y, hasta cierto punto, se está instalando un cierto grado de control de las mentalidades, con una superficial ideología de soporte, al igual que el Insoc, amparada en criterios como la solidaridad o el comunismo: "la mascarilla te protege, pero también protege a los demás"... Hay que tomar conciencia de la gravedad de la situación y actuar en consecuencia; lo importante es la toma de conciencia. Los mensajes mediáticos no dejan de ofrecernos imágenes de seres repulsivos que se saltan el confinamiento y las medidas de higiene y distancia social; seres cuyas mentes no han sido conformadas adecuadamente, que escapan a las nuevas regulaciones impuestas, que no acatan las normas de obligado cumplimiento.

No estamos sujetos al control del Partido Único, sino a los poderes neoliberales, y sin embargo, la sujeción ejercida no es menor a la que el mismo ejerce. La excepcionalidad, que con el paso del tiempo será esa "nueva normalidad" está ya desarrollando los con-

---

<sup>14</sup> Anteanoche, viendo un programa de entretenimiento en la televisión, mi pareja se sorprendía: "—¿No están demasiado juntos? Y el público va sin mascarilla. —Está grabado antes del confinamiento —le dije—. —¡Ah...! —repuso con una cierta sorpresa, como recordando de pronto que había existido un mundo previo sin mascarillas ni distancia social—".

secuentes mecanismos de regulación y dominación propios de toda sociedad de la normalidad/ normalización. Recordemos que, desde una apreciación antropológica, la infracción antecede a la norma que la sanciona como tal: los “herejes” abrirán, están abriendo ya, el camino.

### Vislumbrando una nueva “administración”...

*«Y mi soledad no ataca más que la inteligibilidad de las cosas. Mina hasta el fundamento mismo de su existencia. Cada vez me asaltan más dudas sobre la veracidad del testimonio de mis sentidos...»*

*«Lo que se me ha mostrado de pronto con una evidencia imperiosa es la necesidad de luchar contra el tiempo, es decir, de aprisionar al tiempo. (...) pierdo mi tiempo, me pierdo yo mismo...»*

*«Hay en mí un cosmos en gestación. Pero un cosmos en gestación puede llamarse caos. Contra ese caos, mi único refugio, mi única salvación, es la isla administrada —cada vez más administrada...»*

Michel Tournier

¿Qué seremos, Alicia o Winston? ¿dóciles acatadores de la nueva normalidad surgida de la excepcionalidad o velados transgresores de la misma condenados al fracaso? La sumisión de Alicia finaliza al despertarse de lo que no había sido más que un sueño, como sueño parecen ser muchas de las circunstancias en las que nos vemos inmersos actualmente, ¿despertaremos nosotros también? La incapacidad de acatamiento interior de la normalidad por parte de Winston culmina con su muerte, con una ejecución que sólo se lleva a cabo en el momento en el que, finalmente, se logra su conversión mental (la necesidad de esa conversión previa antes de llevar a cabo la ejecución es la de evitar crear mártires: toda ejecución es pública, y en ella el ajusticiado confiesa sus “pecados”, sinceramente); ¿habremos de proceder nosotros también a cierto tipo de conversión mental para evitar un final “desabradable”?

La excepcionalidad ya no es excepcional; ha emergido, se ha instalado firmemente en nuestras vidas, en nuestra existencia cotidiana, en nuestras apreciaciones y valoraciones, y permanecerá. Una nueva especie biológica se ha unido a la convivencia humana y va a ser en adelante ese “otro” frente al cual estaremos siempre en estado de guerra.

Seguramente habrá quienes incluso alaben las virtudes eugenésicas del virus, puesto que su grado de mortalidad afecta fundamentalmente a los colectivos más débiles, particularmente a las personas mayores y a quienes acarreaban una patología previa que el virus simplemente agrava; no sería sino una expresión del principio darwinista de la selección natural; y daos todos los efectos extra biológicos que ha producido, constataría las apreciaciones de Townsend que nos ofrecía Polanyi.

En la nueva normalidad, las condiciones más perniciosas del modelo neoliberal se recrudecerán, ya se están recrudeciendo; de hecho, como medida para la lucha contra la pandemia, se constata un retroceso de las políticas económicas neoliberales que se habían consolidado entre finales del s. XX y principios del actual: el incremento en las inversiones del gasto público y la promoción de ayudas sociales a los más necesitados son un claro ejemplo. Por otra parte, el virus ha tenido un impacto inmenso en el tejido empresarial, haciendo inviables multitud de negocios, reorientando las inversiones de grandes empresas, alterando a la baja las cotizaciones en bolsa.

El modelo neoliberal sufrió un primer gran colapso con la crisis financiera de 2007, cuyas causas pueden circunscribirse al ámbito propiamente económico; sus efectos fueron devastadores, sobre todo para los sectores sociales más débiles, y agudizaron la desigualdad económica y social sobre la que el modelo se instala. Sin embargo, bajo nuevas circunstancias, el modelo pervivió, incluso podríamos decir que se reafirmó, al instalar en la mente de muchas gentes la idea de que quien no acatase fielmente las directrices impuestas pagaría duramente las consecuencias, con lo cual se instaló un nuevo modelo de sumisión colectiva a las precariedades que el modelo demanda.

Ahora, cuando parecía que los sectores financieros se habían casi recuperado de esa crisis, reapropiándose plenamente del discurso económico sobre el manto de infinidad de desempleados, subempleados, jóvenes sin futuro laboral, corrupción, evasiones fiscales, tráfico de influencias, etc., una nueva crisis se avecina, ya está de hecho aquí (sólo hay que esperar a constatar la magnitud de sus efectos); pero el factor desencadenante, en este caso, ha sido algo tan absolutamente no-económico como un micrororganismo vírico. Es probable que en muchos de los espacios de toma de decisiones, políticos y económicos, no se haya tomado nota aún de las implicaciones que ello tiene: no hacen falta movimientos especulativos de carácter global para desestabilizar la actividad financiera, basta un virus, ¿qué medidas tomar frente a esta evidencia? Todas las concepciones previas respecto a cómo regular y gestionar la actividad económica se convierten automáticamente en caducas.

A ellos, a los que toman las decisiones, corresponde repensar el tipo de acciones que deberían ser tomadas. A los que vamos a sufrir las consecuencias de esas decisiones nos toca decidir entre el sueño y la ejecución (metafóricamente hablando, por supuesto). Siguiendo el discurso de los avatares de Alicia y de Winston, podemos constatar ciertas cuestiones que deberíamos tener en cuenta:

- Que habremos de adaptarnos a una nueva temporalidad (en la que puede que el futuro se torne pasado, o bien que se diluyan pasado y futuro), una temporalidad constituida, probablemente por un presente en estado permanente de indefinición.
- Que sobre la base de esa nueva temporalidad, las imposiciones decretadas por los aparatos de normalización serán altamente inestables: lo que valía ayer ya no vale hoy, y mañana no se sabe; lo que era verdad ya no lo es, aunque puede que vuelva a serlo; los comportamientos adecuados estarán permanentemente en estado de revisión; la atención a las condiciones locales, a las singularidades, será decisiva (por aquí se puede abrir una brecha para la reemergencia de la diversidad humana).
- Los discursos del poder, altamente inestables y erráticos, desdiciéndose y rediciéndose permanentemente, sin embargo, serán implacables, otorgando muy poco espacio a la libertad individual (quizá, únicamente, atravesar el espejo, o bien decidir embarcarse en amores prohibidos).
- Es muy probable, ya hay indicios, que surja un nuevo modelo de discriminación social, una divisoria entre los "limpios" y los "sucios", cuyo establecimiento se amparará en criterios médicos. Muchos sectores sociales pueden ver reducidas

sus oportunidades y restringidos los recursos a los que puedan tener acceso. La emergencia de la "coronafobia".

- La incertidumbre será elemento crucial de nuestra existencia: la capacidad de enfrentarse a ella, y la creatividad que ha de llevar asociada, serán "instrumentos de supervivencia"; dejaremos atrás muchas supuestas certezas que hasta ahora no nos planteábamos cuestionar<sup>15</sup> y se generarán dinámicas cambiantes.
- El "orden social" dejará de ser, propiamente, orden y nuestras condiciones de existencia estarán sujetas a una fuerte dosis de volatilidad, frente a la cual, los esquemas heredados (de pensamiento y acción) resultarán de escasa utilidad.
- Pervivirán, eso sí, los aparatos de normalización, las regulaciones, el control, las disciplinas. Pero ahora estarán sometidos, ellos mismos, al discurrir incontrolable de nuevos fenómenos emergentes.

Nuestra "isla administrada" (Tournier) ha sufrido un colapso; la pretensión, por parte de los poderes que regulan y normalizan, será la construcción de un nuevo marco administrativo, pero el mismo sólo podrá surgir del presunto caos que ha deparado el colapso. El debate sobre la postmodernidad ha finalizado: la postmodernidad se llama COVID-19 y su naturaleza, en lo que afecta a nuestra convivencia colectiva y a sus órdenes político y económico, está por descubrir. En tanto que administrados, deberíamos tomarlo como una opción para desarrollar estrategias anti-administrativas, estrategias de carácter "perverso" (Ibáñez; 1985)<sup>16</sup>: cuanto más se pretenda atenazar la crítica, tanto más tena y creativa ésta ha de ser. Al igual que el Robinson Crusoe que nos ofrece Michel Tournier (2015), ante el hundimiento de un orden preestablecido, ante su fracaso como administrador de la isla, de Speranza (que en un principio había llamado Desesperación), se abre un nuevo horizonte a explorar...

---

<sup>15</sup> En las circunstancias actuales cobra plena vigencia lo que anunciaba Edgar Morin (1998) en los años 70 del siglo pasado: los preceptos de cientificidad sobre los que se erigirán nuestras pautas de comprensión y de acción ya no serán tomados, fundamentalmente, del paradigma de la ciencia física sino de la ciencia biológica. Será, probablemente, en el terreno de la Biología donde surgirán gran parte de las herramientas de supervivencia para la nueva normalidad, la fuente a partir de la cual extrapolar a otros terrenos esquemas nuevos de conocimiento y habilidades prácticas para su aplicación. Puede ser buen momento para releer a Ilya Prigogine (1998, 1999) y explorar el concepto de auto-organización, que a nivel celular se produce en lo que se denominan estructuras disipativas, que constituyen sistemas meta-estables, es decir, con una dinámica alejada del equilibrio (físico).

<sup>16</sup> Ibáñez propone que existen tres perspectivas distintas a la hora de abordar la investigación social, que podemos trasponer a modos de enfrentarnos, en la vida cotidiana, a las imposiciones normativas del poder instituido: la *conversa*, la *subversa* y la *perversa*. Desde una posición *conversa*, se acatan sin cuestionamiento los dictámenes del poder y se actúa siguiendo sus imposiciones; desde una posición *subversa*, se niega la validez de los mismos y se actúa abiertamente en contra de ellos (implícitamente, dicho enfrentamiento abierto acepta su vigencia); desde una posición *perversa*, se aceptan los preceptos instituidos "rodeándolos", desvelando las contradicciones internas de sus fundamentos en el acto de su cumplimiento (uno de los ejemplos de este tipo de comportamiento es el de la huelga a la japonesa).

«Comprendió que la isla administrada seguía siendo su única salvación durante largo tiempo hasta que otra forma de vida —que no podía ni siquiera imaginar, pero que vagamente buscaba dentro de sí— estuviera preparada para sustituir al comportamiento completamente humano al que había permanecido fiel desde el naufragio. Hacía falta continuar trabajando con paciencia, atisbando en sí mismo los posibles síntomas de su **metamorfosis** [subr. Ntro.].»

Michel Tournier

## Bibliografía:

- Atlan, H. 1990. *Entre el cristal y el humo*. Madrid. Debate.
- Bachelard, G. 1984. *La filosofía del no: ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. 1999. *Meditaciones pascalianas*. Barcelona. Anagrama.
- Bourdieu, P. 2002. Las estructuras sociales de la economía: principios de una antropología económica. Manantial. Buenos Aires. Disponible on-line: [https://www.academia.edu/34993047/Bourdieu\\_Estructuras\\_Sociales\\_de\\_La\\_Economia?auto=download](https://www.academia.edu/34993047/Bourdieu_Estructuras_Sociales_de_La_Economia?auto=download)
- Canguilhem, G. 1970. *Lo normal y lo patológico*. Buenos Aires: siglo XXI.
- Carroll, L. 2012. *Alicia a través del espejo [A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado]*. Alejandria: [https://www.elelandria.com/libro/link\\_descarga\\_libro/93/119](https://www.elelandria.com/libro/link_descarga_libro/93/119)
- Foucault, M. 1992. *Genealogía del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. 2000. *Vigilar y castigar*. Madrid: siglo XXI.
- Ibáñez, J. 1985. *Del algoritmo al sujeto: perspectivas de la investigación social*. Madrid. Siglo XXI.
- Kafka, F. 1990. *La metamorfosis y otros relatos*. Madrid. Cátera.
- Machado, A. 1986. *Juan de Mairena*. Madrid. Cátedra | Versión electrónica (v.e.): Freeditorial. <https://freeditorial.com/es/books/juan-de-mairena/downloadbookpub/pdf>
- Montoro Romero, R. 1985. "Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una sociología de la economía". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS) nº 10; pp. 69-92.
- Morin, E. 1998. *El método* (Vol. 2). Madrid. Cátedra.
- Orwell, G. 1980. 1984. Barcelona. Salvat. | Versión electrónica: Utopía (2008), <http://www.laorquestafilosofica.com/wp-content/uploads/2018/01/1984.pdf>
- Polanyi, K. 2007. *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Buenos Aires. Quipu Editorial [versión original: 1989. Madrid. La Piqueta]: [https://www.traficantes.net/sites/default/files/Polanyi,\\_Karl\\_-\\_La\\_gran\\_transformacion.pdf](https://www.traficantes.net/sites/default/files/Polanyi,_Karl_-_La_gran_transformacion.pdf)
- Prigogine, I. 1998. *El nacimiento del tiempo*. Barcelona. Tusquets.
- Prigogine, I. 1999. *Las leyes del caos*. Barcelona. Crítica.

- Tournier, M. 2015. *Viernes o los limbos del Pacífico*. Barcelona . Penguin, | *Viernes o los limbos del Pacífico — El Rey de los Alisos – Los meteoros* (Spanish Edition). Penguin Random House Grupo Editorial España. Edición de Kindle.
- Sánchez Ferlosio, R. 1981. *Las semanas del jardín*. Madrid. Alianza.
- Urraco Solanilla, M.; Baelo Álvarez, M. (coords.). 2017. *Mundos Z: sociologías del género zombi*, Madrid. Catarata.